

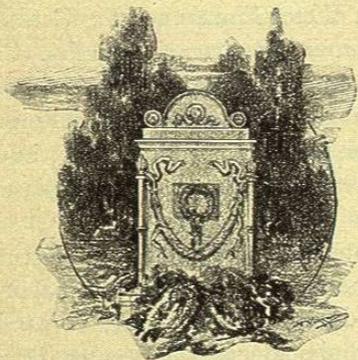
que corrió á consolarle, cumpliendo la promesa de cuarenta años de amistad de acudir á cerrarle los ojos en cualquier extremo en que se encontrara.

¡Nobilísimo ejemplo de sublime amistad!

Hombre de gran corazón, era todo un carácter en todas las circunstancias de la vida, y para que no muriera en el desamparo del campamento, preciso fué telegrafiarle orden perentoria de bajar á la población inmediata.

¡Cuántos años ha que voló su espíritu á la gloria!.... Cual el perfume de esas mustias violetas palideciendo sobre su lápida, que pronto se desvanece, así el de las buenas acciones!....

Sic transit!....



LA TRADICIÓN DE LA MERCED

I

No sólo en Lima hubo contienda intrincada, por largos años, sobre qué comunidad era más antigua y si primero llegaron hábitos blancos ó grises.

En Chile, como en Méjico y en todas las capitales de la América española, desde su primera traza señalóse solar central para conventos de franciscanos, dominicos y mercedarios.

Si con limosnas que recolectara la orden mendicante se habían de levantar iglesias, la propaganda de predicadores adoctrinaria los primeros neófitos, y objeto era de la última redimir á quienes los salvajes cautivaran.

Detrás de éstas colábanse por su cuenta agustinos, belemitas, titianos, y sobre todo jesuitas.

Cierto es que en 1598 cansados estaban los buenos mercedarios de asistir enfermos y redimir cautivas; pero la verdad es que el primer corona que llegó á esta tierra fué el capellán de D. Pedro de Mendoza, fraile franciscano.

Fray Pedro López Valero, primer comendador de la Merced, ascendió por sus muchos trabajos en la edificación de los monasterios de la orden,

y en especial en la fundación del de esta ciudad, nombrado por el comisario visitador fray Francisco Escudero en 1604. Primer limosnero de mercedarios fué el padre fray Francisco Martell: «autorizado para salir á recolectar cualesquier cuantías de maravedíes é peso de oro é plata, esclavos, ganados, mercaderías, é bienes muebles, é raíces, etc., é para que pueda pedir é pida limosna para este Convento de religión, así en el Reino de Angola como en la costa del Brasil y otra cualquier parte que se hallare,» se lee en su nombramiento.

II

En el plano de la traza de esta ciudad de la Santísima Trinidad designó D. Juan de Garay para dominicos la manzana ocupada hoy por la Merced. Pero antes de terminar la primera década de la fundación, la cambalacharon aquéllos por la que actualmente poseen, quedando la orden militar de mercedarios en ésta, contigua al Hospital Militar de San Martín, que atendían.

Entre el fundador López Valero, primer mercedario que llegó á ésta, y fray Jorge Aparicio, último prior, dignos de recordar son los servicios de fray Nolasco, prior en 1721, que en la fiesta de 'ese año consiguió colocar la piedra fundamental de la actual iglesia, cuyo padrino fué el *gobernador Mano de plata*, general Zabala (antes que con la única de persignarse fundase Montevideo), asistido por el alcalde de vara larga señor Bernardo de Saavedra, nieto de Hernandarias y abuelo del primer presidente argentino, y á su vez primer cautivo rescatado por mercedarios.

La piedra fué bendecida por el obispo Fajardo, dirigiendo la obra el jesuíta Prunelli, según los planos del arquitecto Blanqui, de la misma compañía.

Sin duda por esto (como proyectos de igual paternidad) nótese cierto aire fisonómico de familia en los frontis de la Merced, San Ignacio, Recoleta y otras iglesias de esa época. Ya cuando en 1729 las visitó el padre Cattaneo, anotaba que era la de mercedarios la más hermosa y adelantada.

Hoy el hábil artista Rossi, secundando la iniciativa del señor cura Rasore, ha transformado la estrecha iglesia en una de las mejores. Finas pinturas y estucados la han acicalado, disimulando con artificio el decorador todas las arrugas de la vieja nave. Rosetones y chapiteles, arabescos, cornisas, bóvedas y columnas doradas parecen estallar una sinfonía de luces y colores, rompiéndose en mil facetas, aristas chispeantes, que cabrillean en la ramazón floreciente sobre altas ventanas. Al través de vivísima

cristalería resplandece el interior del templo, tamizando luego cenefas y cortinados suave luz mortecina que predispone á la meditación.

Hasta las toscas del río llegaban las dos manzanas que obtuvo la comunidad, abriendo la puerta falsa de su huerta á la calle de Cuyo, cerrada con alto muro á pique, hasta que se edificó la hermosa casa de los señores Llavallol.

A mitad de esa primera cuadra, antes Santa Lucía, y más antiguamente conocida por la *de la Virgencita*, frente al nicho de una muy pequeña, colgaba un farolito que más de un mal encuentro alumbró, no por mercedarios saltaconventos como se les calumniara, sino de Tenorios de guitarra y pandereta que por la calle de las Magdalenas camelaban á las mismas.

El cañón del Fuerte enfilaba la calle 25 de mayo, no del todo abierta, y corrían las tapias del convento, manteniendo cercadas ambas manzanas entre las calles de Cuyo, Reconquista, Cangallo y Paseo de Julio. Sobre esta última asomaban los buenos frailes á recrearse con la espléndida vista del inmenso río, tomando mate bajo hermosos parrales en las calurosas tardes de estío, y á su pie embarcadero de su propiedad tuvieron, por el que salían á buscar la propia hierba y desembarcaban maderas del Paraguay, cal de la Bajada y otros materiales para sus edificaciones.

III

No es la del Señor de la Paciencia, escultura del indio José, la única joya que guarda la hermosa nave. *Vis á vis* á su altar, vese una reducción de la Gruta de Lourdes, piadosa ofrenda de la devota señora Isabel Armstrong de Elortondo.

Otro precioso lienzo de la Virgen, presentado por la familia Llavallol, la imagen de Nuestra Señora de Mercedes, ornada de perlas y brillantes, donada por Peña, Lalama y otros vecinos, y por la señora Ocampo de Carabassa su espléndido collar de grandes perlas, ante el que en muda contemplación se postra más de un raspa implorando el milagro de atraerle hasta su bolsillo.

En la sacristía se halla la mesa más grande, de una sola pieza de mármol, tres metros por dos, recuerdo del Sr. Francisco Ignacio Ugarte, y en el camarín de la Virgen, capillas, altares, por todos los rincones, exvotos y recuerdos de antiguos y modernos feligreses de la parroquia más rica, pues cuenta todos los Bancos á su alrededor.

Suprimida la orden de mercedarios el año 1821, siendo su último pro-

vincial el reverendo padre fray Jorge Aparicio (fallecido veinte años después en esta ciudad, donde había nacido), y cuando la Sociedad de Beneficencia tomó bajo su cargo el Colegio de Huérfanas, las trasladó de San Miguel al convento de la Merced.

Poco después se subdividió la parroquia de la Catedral en del Norte y Sur (San Ignacio y la Merced), correspondiendo á esta iglesia los más viejos libros parroquiales, y al buen compaginamiento que en su archivo se conserva debemos el poder transcribir la partida del primer bautizado, que así reza:

«El 11 de marzo de 1601, á Antonia, hija de Sosa y de doña María Escobar, bautizó el padre D. Juan Martínez, cura y vicario de esta ciudad. Fueron sus padrinos el alcalde Felipe Navarro y doña Beatriz Escobar.—*El bachiller Juan.*»

Este, que sin duda es uno de los más antiguos documentos existentes en Buenos Aires, es transcrito del primer libro de bautismos y casamientos de España y Negros.

Fué primer cura de la parroquia de la Merced el Sr. Ramón Olavarieta en 1830, sucediéndole los señores José Antonio Argerich, Palacios, Pérez, Flores, Villar, Ordóñez, Balán, Márquez, Espinosa, y desde el año 1875 hasta la fecha, el Dr. Rassore.

IV

Aunque en época de indiferentismo religioso mucho ha perdido de su esplendor la fiesta de Nuestra Señora de Mercedes, nos recuerda la última uno de sus más viejos vecinos, celebrada con toda pompa el 24 de septiembre de 1845. Su cura, el ex teniente coronel Argérich, predicaba. El obispo Medrano pontificaba, ayudado por los canónigos Palacios y Seguro. Los pardos cantores Tiburcio, Ambrosio Espinosa, Albornoz, discípulos del canónigo Piccazzarri, entonaban desde el alto coro la Salve compuesta por su sobrino D. Pedro Esnaola. El batallón Guardia Argentina, con su banda de música á la cabeza, sus altos gastadores y gigante tambor mayor, formaban la guardia de honor. Dos banderas inglesas, trofeos ofrecidos por Liniers á los pies de la Virgen, adornaban sus andas.

Aquel año hasta el mismo Rozas se había hecho representar, no en imagen sobre el altar, como en Montserrat y San Nicolás lo expusieran, sino en cuerpo y alma, ó al menos en cuerpo, pues que si solo él fué alma del gobierno omnímodo que en todas partes estaba, sin vérselo en ninguna, el cuerpo visible ó parte de su gobierno que solía representarle

en escasas fiestas estaba allí en los de sus dos ministros Arana é Insiarte, á los que seguía el edecán Erézcano á la cabeza de los sillones de respeto, el inspector general Pineda, y el general Rolón con todo su Estado Mayor de elásticos penachos y charreteras, y en la fila de enfrente los hermanos de la Cofradía del Socorro.

En la postrera invocación á la Virgen, volviendo sus miradas á la del altar mayor, el orador que ocupaba la cátedra sagrada, militar en sus mocedades, recordamos con cuánta vehemencia exclamaba:

—¡Aún me parece que siento sobre mis hombros el peso de tus andas, Virgen de las Mercedes, cuya imagen sacamos en procesión (1812) en la ciudad de Tucumán, hasta el campo de la gloria, donde por vuestra intercesión obtuvo el triunfo el ejército de la patria!...

Alguien notó que el perfumado pañuelo de Manuelita Rozas, arrodillada frente al altar de San Ramón, fué llevado á los ojos, pues lágrimas arrancaba el acento del elocuente predicador, implorando no retirara la Virgen su protección, tantas veces visible sobre este pueblo cristiano.

Hasta las campanas repicaron más fuerte en aquella solemnidad. El último campanero del convento, alma de ángel bajo la estampa del diablo (tal era de feo el ciegucecito de la Merced, Manuel, directo descendiente del Cuasimodo de Nuestra Señora de París por su monstruosa cabeza, contrahecho, perniquebrado), como trasto olvidado en un rincón, anidaba en mechinal ó tugurio, á mitad de la escalera, frente á ventanillo que transparente talco tiene aún por vidrio. De lo alto de la torre, engalanada con banderas, faroles y gallardetes, ensordecía á la concurrencia bullicioso repiqueteo incesante.

Y si alguna curiosa lectora hiciera impaciente la pregunta del día: «¿Quiénes estaban?» el cronista, padre del que ayer anotaba los nombres de las jóvenes devotas entrando á la *retraite* del colegio de la Santa Unión, pudo contestar:

Notamos en la concurrencia que salía del templo, pisando el fragante hinojo y romero esparcido en el pretil, entre la crujiente seda de vestidos de raso negro, á las bellas devotas: Agustina Rozas de Mansilla, Carmen Zavaleta de Saavedra, Florentina Ituarte de Costa, María Antonia Belástegui de Cazón, Manuela Machado. Y las familias no menos religiosas, en aquel barrio, de Anchorena, Llavallol, Puyredón, Piñero, Garrigós, Frías, Ocampo, Pineda, Riglos, Peña, Obligado, Tejedor, Sáenz, Rozas, Dorrego, Acevedo, Mansilla, Quintana, Huergo, Gómez, Martínez, Benguria, Urribelarrea, Dozal, Lezica, Fernández, Elía, Molina, del Pino, Echevarría, Gallardo, Marín, Molina, Aramburu, Lamarque, Alvear, Es-

naola, Lerbet, Pestaña, Moreno, Cramwell, Díaz, Albarracin, Callejas, Uriarte, Jurado, Viale, Bosch, Drago, Llambí, Escalada, Real de Azúa, Monasterio, Azcuénaga, Olaguer, Alzaga, Pérez Millán, Lugones, Castro, Iturriaga, Carranza, Isla, Eastman, Sagasta, Pondal, Irigoyen, Rolón, Larrzábal, Dávila, Sosa, Aguirre, Pacheco, Peralta, Basualdo, del Sar, Gutiérrez, Chas, Guerrico, Castex, Terry, Ezcurra, Núñez, García Zúñiga, Oromí, Boado, Haedo, Mandeville, Alsina, Halbach, Olazábal, Coquet, Ramos, Armstrong, Villanueva, Suárez, Boneo, Lastra, Rodríguez, Soler, Sánchez, Ruiz, Senillosa, Ibáñez, Merlo, Balcarce, Elorga, Rucker, Miró, Carranza, Malbrán, Olazarri, Taíbo.

V

Aquel año, el mayordomo D. Luis Frías, ayudado por el pardo Mauricio, componedor de altares, y un selecto estado mayor en que figuraban los jóvenes del barrio Jaime Llavallol, Julio Núñez, Machado, Monasterio, Gallardo, Quintana, Callejas, se habían esmerado en el mejor adorno de la iglesia.

El altar de Santa Ana, cuya compostura corría á cargo de la señora Crescencia Boado de Garrigós, como el de San José, de la señora Javiera Riglos, sobresalían en su brillante ornamentación, y hasta el pendón en cuya custodia turnábanse los señores Miguel Riglos, Calzadilla, Pineda, aparecía espléndidamente bordado de nuevo.

Fuera que la piadosa señora Estanislada Arana de Anchorena, mayordoma ese año, no ponía tasa á su munificencia cuando de limosna á su iglesia parroquial se trataba, ó porque presentíase como rumor de guerra ó desembarco inmediato (el bloqueo de la escuadra anglo-francesa se estrechaba), la celebración de aquella fiesta hizo época.

La primavera aparecía coronada de flores, vistiendo los primeros durazneros tenue viso rosado; mas algo inquietante esparcíase en la aromada atmósfera, cual vago amago presentido por invisible causa.

Habíanse divisado desde el campanario, allá en el distante horizonte hacia la Colonia, humos de los primeros vapores que remontaron el Paraná, rompiendo á cañonazos la triple cadena con que dos meses después Rozas pretendió cerrar los ríos.

Aunque la buena Virgen de las Mercedes mercedes muchas ha derramado en estos pueblos, y en su infinita gracia perdona lo olvidadizo que somos los argentinos, como otros muchos que sólo recuerdan de la lluvia cuando truena, puede no olvidar que los reconquistadores de esta ciudad poníanse bajo su protección el día del peligro, se la proclamaba Generala

del ejército argentino en Tucumán, y Patrona de la guardia nacional de Buenos Aires, en vísperas de todos nuestros peligros.

Indulgente como madre bondadosa, intercede por cuantos llegan á invocarla. Liniers, Saavedra, Belgrano, San Martín, Balcarce, nuestros más grandes generales se arrodillaron con humilde corazón ante la imagen de la Virgen de las Mercedes, poniendo los soldados bajo su protección primero, y rindiendo luego á sus plantas los trofeos de la victoria. Ella ha escuchado siempre la oración de los que en ella confiaron, suplicándole con la plegaria que se lee en su portada: «¡Gloriosa Patrona del ejército argentino, salvad la patria!»

Uno de sus viejos devotos nos refería no ha mucho:

—En todos los peligros de mi vida me he encomendado con fe ciega á nuestra Señora de las Mercedes, así al oír el cañón de la batalla, como en medio de la tempestad, á punto de naufragar. Puede la juventud ligera sonreír indiferente al misterioso influjo de su protección, cuando la borrasca de las pasiones todo lo enceguece; pero en la hora serena de la reflexión nada consuela más que este dulce y suave sentimiento que nos pone en comunicación con algo más poderoso, que sostiene hasta más allá de la efímera existencia. Arbol es la fe que, plantado en la tierra, se desarrolla y se eleva floreciendo en el cielo. Por mi parte—agregaba—compadezco más á aquel que en nada cree, que á quien, viniendo *á menos*, quedó sin un amigo.»

